

Rachman, Gideon: *La era de los líderes autoritarios. Cómo el culto a la personalidad amenaza la democracia en el mundo*, Barcelona, Crítica, 2022, pp. 334, ISBN: 978-84-91994-54-1.

Adrián Magaldi¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfv.35.2023.36368>

Probablemente, Gideon Rachman se trate de uno de los analistas más certeros que existen para comprender la historia del tiempo presente. Formado como historiador en la Universidad de Cambridge, su labor profesional la dirigió hacia el ámbito periodístico, trabajando en medios como *The Economist* o *Financial Times*, donde actualmente se trata de su principal columnista en temas relativos a política internacional. Rachman ha sabido aunar en su carrera su mirada de historiador con su red internacional de contactos, la cual le ha permitido conocer en primera persona a muchos dirigentes de las últimas décadas. Su preocupación por la historia actual ha sido evidente en sus diferentes publicaciones, y se revela de forma aún más nítida en su último libro: *La era de los líderes autoritarios. Cómo el culto a la personalidad amenaza la democracia en el mundo*. A través de un relato prosopográfico de diferentes dirigentes internacionales, Rachman analiza el proceso de erosión vivida por los sistemas democráticos durante los últimos años a la sombra de la aparición de nuevos liderazgos personalistas. Pese a la euforia democrática nacida tras el fin de la Guerra Fría, a partir del año 2000 «el auge de los líderes fuertes se ha convertido en una característica crucial de la política global. En capitales tan diversas como Moscú, Pekín, Nueva Delhi, Ankara, Budapest, Varsovia, Manila, Riad y Brasilia han subido al poder hombres fuertes hechos a sí mismos». El estudio de la trayectoria de esos hombres, y su modo de concebir el poder, le permiten plantear una certera radiografía de la política de nuestro tiempo.

A lo largo del libro se traza el retrato de diferentes países y sus líderes: la Rusia de Putin, la Turquía de Erdogan, la China de Xi Jinping, la India de Modi, la Hungría de Orbán, la Polonia de Kaczynski, el Reino Unido de Johnson, los Estados Unidos de Trump, el Israel de Netanyahu, la Arabia Saudí de Mohamed Bin Salmán, el Brasil de Bolsonaro, la Filipinas de Duterte y la Etiopía de Abiy Ahmed. Aunque inmediatamente se nos pueden ocurrir diferentes nombres que incorporar a esa lista, cabe indicar que en algunos casos las figuras tratadas son simultáneamente utilizadas para analizar otras personalidades regionales. Así, mientras Duterte también le permite retratar la figura de Jokowi en Indonesia, Abiy Ahmed es empleado para abordar «la desilusión democrática» también experimentada

1. Universidad de Cantabria. C.e.: adrian@magaldi.es; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3241-8802>

con Mnangagwa en Zimbabue y Kagame en Ruanda, y Bolsonaro utilizado para relatar «el retorno del caudillo americano» también vivido con Chávez y Maduro en Venezuela o López Obrador en México. En lo relativo a otras figuras como Kin Jong-Un en Corea del Norte, Hun Sen en Camboya o Lukashenko en Bielorrusia, se indica la intención premeditada de no abordarlas por considerarse ejemplos que escapan a los patrones comunes del giro global vivido en las dos últimas décadas y cuyo ascenso al poder responde a otras razones ubicadas en épocas pasadas. En cambio, en los personajes retratados se consigue definir un modelo de liderazgo similar pese a las diferencias entre los distintos países, pues «el estilo del hombre fuerte no se limita a los sistemas autoritarios». La obra consigue establecer una certera comparativa entre líderes autócratas como Xi Jinping y Bin Salmán, figuras situadas en un difuso espacio intermedio como Erdogán y Putin, o «políticos que viven en democracia pero muestran desprecio por las normas democráticas y parecen decididos a erosionarlas», como Trump y Bolsonaro. Para Rachman, «no son todos iguales, pero son similares». Es en la Introducción del libro donde se definen los pilares sobre los que sostiene su interpretación, que posteriormente despliega a través del perfil biográfico de las diferentes figuras elegidas. Para Rachman, habría «cuatro características comunes al estilo del hombre fuerte: la creación de un culto a la personalidad; el desprecio por el estado de derecho; la afirmación de que representan al pueblo real contra las élites (también conocida como populismo); y una política impulsada por el miedo y el nacionalismo».

En primer lugar destaca la importancia del culto a la personalidad, el cual se evidencia con el poder asumido en torno a un liderazgo personalista considerado infalible frente a un «Estado profundo» que intentaría frustrar sus intereses. El mayor ejemplo de ese culto personalista sería la app surgida en China sobre el pensamiento de Xi Jinping, la cual permite que las autoridades chinas conozcan el tiempo que sus ciudadanos dedican al líder del país. Pero este culto también ha cuajado en democracias occidentales, no dejando de ser significativo que Trump manifestara con seguridad que la lealtad de sus votantes le permitiría «disparar a gente en la quinta avenida y no perdería votos». El hecho de que Duterte se atreviera a reconocer haberlo hecho en su campaña contra la droga es símbolo de un culto a la personalidad que roza las fronteras de la confianza en su impunidad. Incluso en un país como Reino Unido, el Partido Conservador se rindió al liderazgo personalista de Boris Johnson para salvar al país de las dificultades del Brexit. Aunque muchos comenzaron sus carreras como líderes reformistas capaces de atraer simpatías de potencias democráticas ante unas coyunturas difíciles, pronto evidenciaron que tras ese personalismo reformista subyacía una concepción autoritaria del poder. Ese fue el origen de las desilusiones provocadas por Putin, Erdogán, Bin Salmán o Abiy Ahmed, quien llegó a recibir el Premio Nobel de la Paz. De esta forma, la personificación de la política en figuras enaltecidas ante contextos de crisis habría sido el paso fundamental para la configuración de ese modelo autoritario de «hombre fuerte».

En segundo lugar se incide en el desprecio hacia el Estado de Derecho, visible tanto en un Xi Jinping que ha tratado de reafirmar el dominio del partido sobre la justicia, como en democracias occidentales donde la independencia judicial se ha puesto en juego. Los problemas con el Estado de Derecho se habrían visualizado de forma nítida en las reformas constitucionales efectuadas por líderes como Xi Jinping, Putin o Erdogan para eliminar las restricciones a los límites de mandatos. Igualmente, significativo para el autor resulta cómo la justicia ha sido utilizada por muchos de estos líderes para combatir a la oposición y, en especial, a los medios opositores, algo visualizado incluso en el seno de la Unión Europea con un Orbán erigido en máximo exponente de las «democracias iliberales». Y es que, los conflictos entre la justicia y estos «hombres fuertes» se estarían revelando también en democracias consolidadas como el Reino Unido, donde las políticas del Brexit derivaron en choques entre Johnson y el Tribunal Supremo tras el intento del primer ministro de suspender el Parlamento. Así, la erosión del Estado de Derecho se trataría de un problema que para Rachman tiene especial significado, pues «de cuestionar a los tribunales a cuestionar la democracia electiva hay un paso relativamente pequeño».

En tercer lugar, se destaca el carácter populista de unos líderes percibidos como encarnación del pueblo real, reduciendo sus políticas a propuestas simplistas y efectivas que pueden resumir en tres palabras: «Consumad el Brexit» o «Levantad el muro», mensajes que han encontrado su plataforma perfecta en las redes sociales. Rachman concede a las redes sociales un significativo papel, al permitir que estos líderes las utilicen para generar informaciones y eslóganes simples que difunden con rapidez antes de que puedan ser verificados, una estrategia que tendría en las elecciones filipinas de 2016 a su «paciente cero». Así, «mientras que los medios tradicionales deben preguntar si una noticia es verdadera o falsa, Facebook pregunta a sus usuarios si le gusta o disgusta una publicación. Se apela a la emoción y la lealtad, no a la razón». Como destaca el autor, estos mensajes simplistas habrían calado principalmente en países occidentales después de la crisis de 2008 entre los olvidados y perdedores de la globalización, una población rural y de escasa formación que, al ver reducido su nivel de vida, han optado por candidatos antisistema que prometen volver a los buenos tiempos. Sin embargo, el autor apunta que este fenómeno también se ha experimentado en países como China o la India, donde a pesar del crecimiento este ha creado perdedores y ganadores, y los efectos desestabilizadores de un período de rápida globalización han acentuado para algunos el atractivo nostálgico de un pasado más estable y homogéneo.

Y, en cuarto y último lugar, el libro destaca las políticas nacionalistas y del miedo. Muchos de esos hombres fuertes han asumido un discurso nacionalista apelando a un gran pasado que desean recuperar. Así, Putin se refirió a la caída del Imperio Soviético como una catástrofe, Orbán mencionó su intención de recuperar los territorios perdidos tras la Primera Guerra Mundial, Erdogan apeló al Imperio Otomano desaparecido a comienzos del siglo XX, y Johnson evidenció su nostalgia

por los tiempos en que Gran Bretaña era una potencia mundial. Para consolidar ese ideal nacionalista ha sido fundamental la construcción de un discurso del miedo en torno a unos enemigos en muchos casos vertebrados desde unas teorías conspiranoicas nutridas del «razonamiento motivado». La inmigración se ha convertido en un enemigo común, y si Trump incidió en una población latina que muy pronto provocaría que la población blanca no fuera mayoritaria, el eje de los discursos se han dirigido hacia la población musulmana, enemigo compartido por países tan diversos como Estados Unidos, Hungría, China o la India. El miedo a lo que Renaud Camus bautizó como «el gran reemplazo» ha permitido que el enemigo islámico sustituya al tradicional antisemitismo de muchos nacional-populismos, encontrando con ello un nuevo aliado en el Israel de Netanyahu. No obstante, algunos países han mantenido un cierto antisemitismo debido al principal enemigo y punto convergente de las grandes teorías de la conspiración, el millonario y filántropo George Soros, a quien el autor dedica un capítulo contraponiendo su liberalismo global con el discurso de quien ha sido principal intelectual en esa idea del nacionalismo del «hombre fuerte»: Steve Bannon.

En definitiva, Gideon Rachman traza un detallado recorrido por la historia de las últimas décadas y de las principales figuras que han definido ese modelo de liderazgo del «hombre fuerte». Los diferentes retratos son perfectamente hilados unos con otros, de tal forma que no parece una mera recopilación de perfiles, sino que estos cuentan con una coherencia narrativa y analítica. Se realiza así un acercamiento en el que el autor demuestra su amplio conocimiento global de nuestro tiempo a través de una riqueza en su examen que logra superar con creces los problemas descriptivos y lugares compartidos que a veces residen en las obras centradas en la historia reciente. En resumen, una obra de relevancia para comprender nuestro presente y la forma en que han surgido unos líderes que han puesto fin al consenso liberal nacido en 1989.